

Contrainsurgencia y geopolítica. La contrarrevolución teórica en la geografía latinoamericana durante los sesenta y setenta del siglo xx

Héctor Ignacio Martínez Álvarez* 

Resumen

Este trabajo examina la utilidad de los conocimientos y las prácticas geográficas en la política de contrainsurgencia implementada en América Latina durante las décadas de los sesenta y setenta. Se parte de identificar este periodo como una etapa de contrarrevolución teórica en la geografía latinoamericana, dado que los saberes geográficos se constituyeron en instrumentos ideológicos, políticos y militares al servicio de los regímenes autoritarios y totalitarios de la región. Se analiza cómo la violencia política ejercida desde los aparatos del Estado desmanteló el naciente proceso de renovación del campo geográfico, caracterizado por su vínculo con la teoría de la dependencia, la del subdesarrollo, el pensamiento latinoamericano crítico y el marxismo clásico y revolucionario. Posteriormente, se examina cómo los enfoques organicistas y deterministas en geografía sirvieron de sustento a las prácticas y doctrinas geopolíticas de la época. Finalmente, se problematiza el papel de la instrumentalización paisajística y la reinvención simbólica del territorio en la construcción de la ideología nacionalista que orientó la acción de los Estados frente a los enemigos externos e internos de la patria.

Palabras clave: contrainsurgencia, geografía, geopolítica, Latinoamérica; nacionalismo.

Ideas destacadas: artículo de reflexión que analiza cómo ciertos conocimientos geográficos fueron empleados en la política de contrainsurgencia desarrollada en América Latina durante las décadas de los sesenta y setenta.



RECIBIDO: 13 DE ENERO DE 2023. | EVALUADO: 17 DE ABRIL 2023. | ACEPTADO: 14 DE NOVIEMBRE DE 2024.

CÓMO CITAR ESTE ARTÍCULO

Martínez Álvarez, Héctor Ignacio. 2025. "Contrainsurgencia y geopolítica. La contrarrevolución teórica en la geografía latinoamericana durante los sesenta y setenta del siglo xx". *Cuadernos de Geografía: Revista Colombiana de Geografía* 34 (3): **-**. <https://doi.org/10.15446/rcdg.v34n1supl.106726>.

-
- * Instituto Politécnico Nacional y Secretaría de Ciencia, Humanidades, Tecnología e Innovación, Ciudad de México – México.
✉ hectorignacioma@gmail.com – ORCID: 0000-0002-8458-1054.
 - ✉ Correspondencia: Héctor Ignacio Martínez Álvarez, Avenida Prolongación 5 de mayo #696 Interior F-201, Lomas de Tarango, C.P. 01620 Ciudad de México, México.

Counterinsurgency and Geopolitics. The Theoretical Counterrevolution in Latin American Geography During the 1960s and 1970s

Abstract

This paper examines the role of geographical knowledge and practices in the counterinsurgency policies implemented in Latin America during the 1960s and 1970s. It identifies this period as a stage of theoretical counterrevolution in Latin American geography, as geographical knowledge became a key ideological, political, and military instrument for the region's authoritarian and totalitarian regimes. The study explores how the political violence exercised by state apparatuses dismantled the emerging renewal of geographical thought, which had been shaped by its relationship with dependency theory, underdevelopment theory, the broader field of Latin American critical thought, and classical and revolutionary Marxism. It then analyzes how organicist and deterministic approaches in geography provided the conceptual basis for geopolitical doctrines and practices. Finally, the paper problematizes the role of landscape instrumentalization and the symbolic reinvention of territory in the construction of nationalist ideologies that guided state actions against both external and internal enemies of the homeland.

Keywords: counterinsurgency, geography, geopolitics, Latin America; nationalism.

Highlights: a reflective article that explores how specific forms of geographical knowledge were mobilized within the counterinsurgency policies deployed in Latin America during the 1960s and 1970s.

Contração e geopolítica. A contrarrevolução teórica na geografia latino-americana durante as décadas de 1960 e 1970

Resumo

Este artigo examina a utilidade dos conhecimentos e das práticas geográficas nas políticas de contração implementadas na América Latina durante as décadas de 1960 e 1970. Parte-se da identificação desse período como uma contrarrevolução teórica na geografia latino-americana, uma vez que o saber geográfico se converteu em um importante instrumento ideológico, político e militar dos regimes autoritários e totalitários da região. O estudo analisa como a violência política exercida pelos aparelhos do Estado desarticulou o processo de renovação do campo geográfico, que se caracterizava pela influência e pelo diálogo com a teoria da dependência, a teoria do subdesenvolvimento, o pensamento latino-americano e o marxismo clássico e revolucionário. Em seguida, discute-se de que maneira os enfoques organicistas e deterministas em geografia serviram de base para as práticas e doutrinas geopolíticas. Por fim, problematiza-se o papel da instrumentalização da paisagem e da reinvenção simbólica do território na construção da ideologia nacionalista que orientou as ações estatais contra os inimigos externos e internos da pátria.

Palavras-chave: contração, geografia, geopolítica, América Latina; nacionalismo.

Ideias destacadas: artigo de reflexão que analisa como determinados conhecimentos geográficos foram mobilizados nas políticas de contração empreendidas na América Latina durante as décadas de 1960 e 1970.

Introducción

Iniciado el último tercio del siglo xx, América Latina abandonó el desarrollo industrial autónomo que, durante las décadas previas, sostuvo las alianzas y pactos entre clases y sectores sociales sobre los cuales se alcanzó una supuesta paz, orden y cohesión social en la región. Sin embargo, esta situación cambiaría drásticamente cuando, a partir del agotamiento del patrón de industrialización por sustitución de importaciones, las economías latinoamericanas reconvirtieron su dinámica productiva y comercial, orientando gran parte de ella hacia las demandas de transnacionalización de las economías centrales y los procesos de integración subordinada de las economías dependientes.

Para poner en marcha este nuevo proyecto se requirió de la violencia del Estado, puesto que el nuevo escenario implicaba descargar sobre la población trabajadora, la población campesina y el resto de los sectores populares parte de los costos de este cambio, a través de la agudización de la explotación de la fuerza de trabajo. Al mismo tiempo, fue necesario ejercer represión contra los movimientos revolucionarios y las organizaciones políticas que habían tomado fuerza en la región durante las décadas de los sesenta y setenta.

Durante este periodo se desató una guerra promovida por las clases dominantes en América Latina, materializada en dictaduras militares y gobiernos civiles profundamente autoritarios, cuya política se expresó en la aplicación de la llamada doctrina de contrainsurgencia. Esta estrategia significó un ejercicio de dominación política que buscó instaurar un proceso contrarrevolucionario burgués de corte fascista en toda la región mediante el poder del aparato de Estado. Fue un periodo de excepción encabezado por las Fuerzas Armadas latinoamericanas plenamente instruidas por el imperialismo estadounidense.

El objetivo central consistió en enfrentar a las fuerzas revolucionarias hasta su aniquilamiento y, al mismo tiempo, consolidar bases sociales e institucionalizar el poder de los sectores oligárquicos y conservadores de la burguesía. De este modo, las dictaduras militares constituyeron un paso prescindible de violencia estatal para enfrentar la agudización de los conflictos sociales y establecer un ordenamiento societal que posibilitará la implementación del nuevo patrón de reproducción del capital, el cual exigía reforzar su mando despótico sobre la población asalariada (Osorio 2011, 35).

Como era de esperar, el mundo de las ideas también padeció la embestida contrarrevolucionaria. Los regímenes dictatoriales no solo se propusieron eliminar a los principales referentes políticos, sino que además emplearon mecanismos y estrategias de persecución, disuasión y exterminio contra todo espectro intelectual afín a las distintas corrientes revolucionarias que acompañaban el ascenso y la agudización de la lucha de clases en diversas partes de América Latina, y que representaban un obstáculo para la puesta en marcha de la nueva dinámica económica.

El clima de radicalización que se había extendido hasta las ciencias sociales durante los años sesenta y setenta —cuya máxima expresión fue la teoría marxista de la dependencia— se apagó con la desarticulación y la ofensiva contra de todos los elementos que había nutrido este proyecto¹. La geografía latinoamericana no escapó a esta situación.

Si bien en un primer momento, al igual que el resto de las disciplinas, la geografía enfrentó la acometida contrainsurgente que erosionó los distintos cuerpos teóricos

¹ A partir de los fundamentos del marxismo clásico y revolucionario, y de las teorías marxistas del imperialismo, se desarrolló en el seno del pensamiento latinoamericano la teoría marxista de la dependencia o del capitalismo dependiente. Este cuerpo de conocimiento tuvo como eje principal de análisis el desarrollo del capitalismo en América Latina y los problemas históricos que arrastraba el subdesarrollo de la región. Constituyó una respuesta intelectual y política a las tesis, teorías y enfoques desarrollistas, funcionalistas y a las corrientes del marxismo endógeno. Su principal esfuerzo se orientó hacia la construcción de categorías analítico-explicativas que permitieran identificar las particularidades del desarrollo del modelo capitalista latinoamericano y, con ello, ubicar las causas objetivas de su crisis y subdesarrollo, a fin de proponer soluciones estratégicas para encaminar la revolución socialista en la región. Esta propuesta logró desarrollar aspectos teóricos precisos que posibilitaron identificar los efectos del desarrollo *sui géneris* del capitalismo en América Latina, en particular las condiciones de vida y reproducción de la fuerza de trabajo. Sus principales aportes metodológicos y conceptuales fueron las nociones de *intercambio desigual*, la *ruptura del ciclo del capital* y, especialmente, la *superexplotación del trabajo*, esta última como rasgo fundamental de las economías y sociedades dependientes. Entre sus principales precursores y exponentes se encuentran André Gunder Frank, Vania Bambirra, Theotonio dos Santos y Ruy Mauro Marini.

e ideas que alimentaban una corriente renovadora del pensamiento geográfico, a diferencia de la mayoría de las ciencias sociales, el saber geográfico también se constituyó en un instrumento clave de las prácticas militares e ideológicas de los regímenes autoritarios y totalitarios de la región, desde el golpe de Estado en Brasil en 1964 y, sobre todo, tras el golpe de la Junta Militar en Chile en 1973. En general, se emprendió una contrarrevolución teórica en la geografía latinoamericana, alimentada por las prácticas geopolíticas y la exacerbación nacionalista.

De la renovación a la ruptura. Las raíces de la contrarrevolución teórica en la geografía latinoamericana

Durante las décadas de los sesenta y setenta, América Latina vivió bajo la sombra del fascismo entendido como régimen de excepción del gran capital, el cual utilizó sistemáticamente métodos terroristas de represión (Santos 1995, 101). Esto desató una guerra política a través del terrorismo de Estado que implicó, en términos generales, la derrota del movimiento revolucionario latinoamericano en todas sus dimensiones.

Uno de los aspectos más relevantes que acompañaron a las decenas de miles de desaparecidos y asesinados fue el embate y la posterior destrucción de cualquier forma de pensamiento político revolucionario. Con ello se dio inicio tanto a un reflujo de la época de oro del marxismo latinoamericano² como a uno de sus principales y más

emblemáticos terrenos de difusión de esos años: las ciencias sociales y la teoría social latinoamericana.

Si bien cada país atravesó situaciones sociopolíticas específicas, el terrorismo de Estado empleó como medida generalizada la supresión de las ideas y formas de conocimiento que habían irrumpido con fuerza en esos años. Esta práctica no fue un hecho aislado ni un daño colateral del proceso de contrainsurgencia, sino que constituyó un mecanismo central para consumar el desencuentro entre la realidad latinoamericana y las ideas revolucionarias.

La Revolución cubana —que demostró que la lucha armada podía ser una vía efectiva para alcanzar el socialismo en un país latinoamericano—, el surgimiento de guerrillas rurales en Centroamérica, en los países andinos y en Brasil; el brote de guerrillas urbanas en Argentina y Uruguay; la revuelta estudiantil y la radicalización de la lucha popular en México; la victoria electoral de Salvador Allende y las fuerzas revolucionarias durante el gobierno de la Unidad Popular en Chile, así como la gestación de la revolución nicaragüense tuvieron en la difusión del marxismo en clave latinoamericana su principal fuente de inspiración ideológica.

Estas corrientes ideológicas movilizaron a estudiantes universitarios, intelectuales, organizaciones políticas y militantes de los movimientos revolucionarios de la región. Por ello, se volvió imperativo para las élites autoritarias desarticular las bases teóricas que sustentaban dichas fuerzas, las cuales se condensaban en ese momento histórico en el binomio subdesarrollo/dependencia.

Así, los regímenes autoritarios que gobernaron en la región —en su mayoría dirigidos por militares— se propusieron poner fin a este vínculo orgánico entre activismo y militancia política, por un lado, y las tareas teórico-intelectuales de tradición marxista, por otro. En palabras de Jaime Osorio, este proceso representó un desarme o ruptura teórica que se manifestó, en particular, de la siguiente manera:

[d]e una discusión que tuvo como temas centrales la dependencia y la revolución en la década de 1960 y principios de la de 1970, se pasó, en la década de 1980 a otra centrada en el orden, los movimientos sociales, la sociedad civil y la transición a la democracia. El giro no fue sólo temático, sino sobre todo una modificación sustancial de los cuerpos teóricos y metodológicos que supuso nuevas formas de vinculación de la teoría con la política. Se trata de una ruptura. También fueron relegados los autores que produjeron los principales trabajos sobre el subdesarrollo y la dependencia y que teorizaron sobre la revolución en América Latina. (Osorio 2009, 147)

² Se considera que es la época de oro del marxismo latinoamericano debido a cuatro principales factores. El primer de ellos, se comienza a producir un marxismo desde América Latina que busca explicar las particularidades del capitalismo desarrollado en la región, a diferencia de los períodos anteriores en donde predominaban las ideas provenientes de Europa. En segundo lugar, el marxismo se volvió predominante el mundo de las ideas y en el trabajo intelectual a lo largo y ancho de la región, desplazando por momento al positivo como principal marco para analizar la realidad latinoamericana. El tercer factor es la diversidad de corrientes y tradiciones marxistas que convergieron y, sobre todo, se enfilaron política y teóricamente. Y finalmente, y quizás el más importante de todos, la utilidad del marxismo y su relación con la realidad social, política, cultural e ideológica de la región, convirtiéndose en el referente más importante de los cambios experimentados durante este periodo.

La larga guerra organizada, armada y financiada abiertamente por el gobierno de los Estados Unidos, y ejecutada por las burguesías locales, condujo a la derrota de los movimientos revolucionarios y populares latinoamericanos. Dentro de esa embestida se incluyó una estrategia de represión y neutralización de todo germen intelectual vinculado a las causas de los sectores y las clases dominadas.

Al respecto, Agustín Cueva señala que el pensamiento radical latinoamericano —centrado, sobre todo, en las problemáticas del subdesarrollo y la dependencia—, fue víctima, durante este periodo histórico, de una contrarrevolución cultural sumamente violenta, sobre la cual

infinidad de facultades y escuelas de sociología y de ciencias sociales en general fueron clausuradas; millares de intelectuales que en ellas trabajaban fueron perseguidos, “desaparecidos”, forzados al exilio o, lo que a veces es peor, reducidos al silencio o al discurso ultracifrado; hubo bibliotecas quemadas, copiosas listas de libros prohibidos y, sobre todo, se difundió un terror penetrante que tornó superflua a la propia censura: la autocensura hizo sus veces, y muy eficientemente. (Cueva 1995, 386)

Esta medida representó, hacia mediados de la década de los setenta, el reflujo de las distintas corrientes marxistas del pensamiento latinoamericano, en especial de la corriente dependentista, lo que implicó la despolitización del análisis de la realidad social de la región y su pérdida como referencia de la cultura política latinoamericana. Como indica Atilio Borón, con las dictaduras,

la teoría de la dependencia, que había sido una de las grandes animadoras del debate intelectual y político de la época, desaparece prácticamente por completo. Sus principales teóricos se marchan al exilio, otros mueren, otros se arrepienten de sus antiguas ideas y el tema desaparece tanto de la agenda pública como de la académica bajo el imperio del terror. (Borón 2008, 23-24)

Esto condujo a la derrota, el progresivo debilitamiento y las crisis de los proyectos intelectuales en las ciencias sociales latinoamericanas, lo que determinó su posterior devenir (Torres 2017). Ello impactó en las estructuras disciplinarias y en los campos de conocimiento, principalmente en sus marcos teórico-epistemológicos. Se trató de una derrota que, desde el campo político, se extendió al terreno teórico (Osorio 1995, 98).

En este marco, la geografía latinoamericana, al igual que el resto de las ciencias sociales, padeció los efectos del desarme teórico del marxismo en la región. No obstante,

sus repercusiones siguieron un camino particular respecto de lo ocurrido en otras disciplinas: mientras la mayoría de las ciencias sociales sufrió un embate que las llevó a una casi total desaparición del ámbito académico-intelectual, la geografía fue empleada como instrumento del proceso de contrainsurgencia. Esta circunstancia generó múltiples consecuencias tanto para el presente de la disciplina como para su futuro inmediato, estableciendo diferencias notables entre su desarrollo y el del conjunto de las ciencias sociales latinoamericanas.

Como reitera Osorio, las dictaduras militares promovieron una transformación radical de las condiciones que condujeron a una contrarrevolución teórica en las disciplinas (Osorio 2009, 149). En el caso de la geografía, el principal cambio derivado del avance contrainsurgente fue el temprano desmantelamiento del incipiente proceso de renovación disciplinar, el cual se había caracterizado por la influencia y el diálogo con la teoría de la dependencia, el pensamiento latinoamericano y el marxismo clásico y revolucionario. Este diálogo había representado, hasta entonces, el fundamento de la renovación de la geografía latinoamericana, al configurarse como el primer intento de consolidar un pensamiento geográfico genuinamente latinoamericano, distante del positivismo y del empirismo dominantes en la ciencia geográfica, y estrechamente vinculado con las causas y los compromisos políticos de la región frente a una ciencia orgánicamente subordinada al poder burgués.

Este proyecto intelectual reveló varios siglos de una geografía ilustrada que sostuvo prácticas coloniales de dominación territorial. Puso al descubierto la difusión de una geografía enciclopédista y monográfica, de corte naturalista y esencia empirista, derivada del pensamiento liberal europeo que moldeó la conciencia de las jóvenes naciones independientes durante décadas, con el propósito de justificar la vocación primario-exportadora y la consolidación de Estados nacionales bajo regímenes políticos oligárquicos. Asimismo, cuestionó la aplicación de los saberes geográficos que pretendían reproducir las fórmulas de desarrollo de los centros económicos hegemónicos, sustentadas en los esquemas de la racionalidad científica positivista y modernizadora.

A partir de estos planteamientos, distintos autores en varios países de la región, inspirados en el marxismo, las teorías del imperialismo y la problematización del subdesarrollo latinoamericano, ofrecieron una lectura geográfica de la realidad regional basada en los presupuestos conceptuales de la dependencia latinoamericana. En contacto directo —o mediante las obras y

referencias de los principales exponentes del marxismo latinoamericano y de la teoría de la dependencia—, una generación de geógrafos dio impulso a este proceso de renovación de la geografía en el continente. Entre ellos se destacan Graciela Uribe, en Chile; Ángel Bassols, en México; Luis Fernando Chávez Vargas, en Venezuela; Germán Wettstein y Pablo Fierro Vignoli, en Uruguay; Antonio Núñez Jiménez, en Cuba; y, en Brasil, Josué de Castro, Bertha Becker, Armando Corrêa da Silva, Manuel Correia de Andrade y Milton Santos, entre muchos otros geógrafos sobresalientes a lo largo del subcontinente³.

Ubicados en una época en la que los problemas del subdesarrollo y la dependencia se presentaban como temas originales y sustantivos de las ciencias sociales latinoamericanas (Osorio 2016a), esta generación de geógrafos tomó como fuente de inspiración la crítica de la economía política fundada por Marx y Engels. Como subraya Ángel Bassols, su aporte se centró en el “análisis de múltiples hechos de carácter geográfico [...]”, la filosofía materialista y el método dialéctico a utilizar en las investigaciones del espacio” (Bassols Batalla 1983, 221).

Del mismo modo, adoptaron el marxismo revolucionario de inicios del siglo XX como estandarte teórico-conceptual, en particular los aportes de Lenin sobre el imperialismo y los de Rosa Luxemburgo en torno al papel desempeñado por las regiones en el proceso de acumulación capitalista. A ello se sumaron las interpretaciones, referencias e influencias de decisivas de la teoría social latinoamericana, cuyas contribuciones fueron

determinantes en el proyecto de renovación de la geografía de la región. En este sentido, es común encontrar referencias teóricas de intelectuales como Sergio Bagú, Caio Prado Junior, Celso Furtado, Aníbal Quijano, Luis Vitale, Pablo González Casanova, Fernando H. Cardoso, José Luis Ceceña, Alonso Aguilar, Vania Bambirra, André Gunder Frank, Theotonio dos Santos, Ruy Mauro Marini, Marta Harnecker, entre otros.

El interés por explicar lo geográfico a partir de las tesis del subdesarrollo y la dependencia representó una apertura de la ciencia geográfica a las ciencias sociales latinoamericanas, propiciando una ruptura epistemológica y política frente a los saberes espaciales tradicionales desarrollados en las escuelas europeas y anglosajonas⁴. Como señala Luis Fernando Chávez, esta propuesta partía de una asimetría teórico-metodológica según la cual “el fenómeno socioeconómico conocido como ‘subdesarrollo’ puede ser analizado, como cualquier otro fenómeno socioeconómico, desde una perspectiva espacial y pasar, por ello, al campo de estudio de la ciencia geográfica” (Chaves 1980, 11). De este modo, situar el desarrollo desigual como fenómeno geográfico significó una severa crítica a los modelos espaciales de uniformidad y desarrollo equilibrado de corte modernizador y desarrollista.

Esta generación de geógrafos latinoamericanos, influenciada por la teoría de la dependencia, el pensamiento social latinoamericano y el marxismo revolucionario, adoptó como principal marco de problematización la condición de subdesarrollo en la región entendida como resultado del desarrollo geográfico desigual del capitalismo

³ También formaron parte de esta renovación los *Encuentros por la Nueva Geografía*, considerados hitos en la gestación de un enfoque crítico de la disciplina en los países del Cono Sur, en tanto posibilitaron la difusión y el intercambio de ideas progresistas dentro del campo geográfico. Como señala Busch (2015), “la geografía promovida en estos encuentros implicaba cuestionamientos a la tradición en el terreno político y epistemológico”. El Primer Encuentro Latinoamericano de la Nueva Geografía, celebrado en 1973 en la ciudad de Salto, Uruguay, y convocado por la Asociación de Maestros de Geografía del Uruguay, reunió aproximadamente a un centenar de participantes. El Segundo Encuentro tuvo lugar en la Universidad Nacional del Comahue, en Neuquén, Argentina, en febrero de 1974, y contó con más del doble de asistentes. Sin embargo, se desarrolló en un contexto político sumamente hostil que pronto clausuró cualquier iniciativa semejante. Aun así, dejó una huella profunda, pues gran parte de los participantes eran estudiantes que, años más tarde, ocuparían cargos docentes o participarían activamente en la vida política de sus respectivos países.

⁴ Cabe aclarar que, si bien los principales referentes de esta renovación provinieron del marxismo clásico, las teorías marxistas del imperialismo y el pensamiento latinoamericano —en particular, el marxismo de la dependencia—, también ejercieron una notable influencia diversas tradiciones del pensamiento geográfico que, especialmente en Europa, comenzaron a desarrollarse en oposición a las visiones conservadoras que predominaban en el campo de la geografía. En este sentido, se destacan tres referencias fundamentales: en primer lugar, la geografía radical, que emergía simultáneamente en la región anglosajona como respuesta crítica a la geografía cuantitativa y al positivismo; en segundo lugar, la geografía activa de la escuela francesa, vinculada a las ideas del marxismo soviético y a los partidos comunistas, cuyos principales exponentes fueron Pierre George, Yves Lacoste y Jean Tricart; y, finalmente, los estudios urbanos y espaciales de inspiración marxista estructuralista, cuyo referente más influyente fue el español Manuel Castells.

mundial. Desde esta perspectiva, se distinguieron por denunciar la pobreza y la miseria históricas que aquejaban al continente, producto —entre otras causas— de las prácticas coloniales e imperialistas de dominación y explotación territorial que, durante décadas, habían justificado la vocación primario-exportadora de las economías latinoamericanas. Asimismo, pusieron de relieve las limitaciones y contradicciones del desarrollismo regional y desenmascararon las falsas promesas de transformación social, especialmente en torno a la relación campo-ciudad y a otros procesos de orden geográfico que han caracterizado al subcontinente a lo largo de su historia.

Sin embargo, con la implementación de la política de contrainsurgencia, el proyecto de renovación de la geografía latinoamericana se vio abruptamente interrumpido, principalmente a causa de las medidas que buscaron replegar la actividad intelectual de esta generación de geógrafos, muchos de los cuales se habían constituido como simpatizantes y militantes de las luchas sociales y políticas, defensores del antiimperialismo y portavoces de la integración de los pueblos latinoamericanos en torno a la lucha por la emancipación y el socialismo⁵. En

los países donde el autoritarismo alcanzó mayor intensidad —como Chile, Argentina, Uruguay y Brasil—, los geógrafos vinculados a este proyecto intelectual enfrentaron una profunda fragmentación de sus campos académicos y políticos, producto del control y la intervención militar sobre las universidades, así como de la represión y persecución sistemática que derivó en asesinatos, encarcelamientos, exilios o la imposibilidad de continuar con sus labores intelectuales.

A raíz de los golpes militares, surgió el periodo de los exilios. Debido al peso de su obra y a las circunstancias políticas que enfrentó, destaca en el caso brasileño la figura de Milton Santos, quien, después del golpe militar de 1964, fue detenido. Tras recibir una invitación de la Universidad de Toulouse, inició su periodo de exilio. Luego de varios años en Francia, recorrió diferentes lugares de Norteamérica hasta regresar a tierras latinoamericanas, específicamente a Venezuela. Otro geógrafo brasileño que también tuvo que exiliarse en Francia fue Josué de Castro, quien, como consecuencia de su participación en organismos políticos, sufrió una fuerte persecución por parte del régimen militar.

De manera similar, tras un largo periplo por algunos países europeos, Graciela Uribe, después de padecer durante semanas el encierro y la violencia militar tras el golpe de Estado en Chile, llegó en el verano de 1979 a México, donde reanudó su trabajo académico. Asimismo, el geógrafo uruguayo Germán Wettstein, perseguido políticamente por la dictadura cívico-militar en Uruguay, se exilió en Venezuela, país en el que pudo continuar con su labor geográfica.

Tras este repliegue teórico-intelectual, y en un contexto de recrudecimiento de la lucha de clases en América Latina, la nueva configuración de la dominación burguesa exigió establecer una autoridad suprema del poder sobre sus habitantes y, en particular, sobre el territorio. En este marco, el conocimiento geográfico asumió un rol protagónico al servir como instrumento político-ideológico de control territorial, identificado como un saber estratégico. Durante este periodo, la geografía latinoamericana se caracterizó por la aplicación de doctrinas geopolíticas y nacionalistas que vincularon estrechamente los saberes geográficos institucionalizados al proyecto burgués de reorganización política. Este proceso se conoce como la restauración conservadora de la geografía latinoamericana: el campo geográfico pasó de ser un conocimiento orientado a explicar las raíces de la pobreza, el atraso y el hambre en la región a convertirse

5 Fue una generación que supo posicionar sus ideales en los ámbitos teórico, político y académico. Un ejemplo de ello fue, en el caso de la geografía mexicana, la creación de la Unión de Geógrafos Progresistas de México, cuyo principal representante fue Ángel Bassols Batalla, quien, acompañado en su mayoría por profesores y estudiantes de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), conformó dicha agrupación en mayo de 1978. Este grupo buscó impulsar el desarrollo de una geografía de carácter científico, orientada a la investigación y al fin del aislamiento disciplinar en el ámbito nacional, promoviendo su vinculación con otras ciencias —especialmente las sociales— y con el marxismo, corriente teórica hasta entonces ausente del pensamiento geográfico en el Colegio de Geografía de la UNAM. Asimismo, el grupo logró establecer vínculos internacionales, no solo con la Unión Geográfica Internacional, con la cual ya existían lazos previos, sino también con los editores de *Hérodote* en Francia y *Antipode* en Estados Unidos, revistas que resultaron fundamentales para renovar y difundir nuevas formas de concebir una geografía comprometida con la práctica profesional, el país y la clase trabajadora. En 1983, el grupo se consolidó con la creación de la revista de crítica y análisis espacial *Posición*, de periodicidad semestral, que reconocía públicamente la crisis de la ciencia geográfica mexicana, la cual dificultaba su desarrollo y retardaba su madurez (Ramírez, Montañez y Zusman 2013, 118).

en un adoctrinamiento reaccionario, de corte estatista, tecnocrático y militarizado.

Este programa se inscribe dentro de lo que David Harvey denominó la *contrarrevolución en el pensamiento geográfico*. Para el geógrafo británico, una teoría revolucionaria es aquella que, al basarse en un nuevo paradigma, alcanza aceptación general solo si la naturaleza de las relaciones sociales que forman parte de la teoría corresponde con la que existe en el mundo real. En cambio, una teoría contrarrevolucionaria es aquella que se propone deliberadamente enfrentarse con una teoría revolucionaria de manera tal que impida, por medio de la recuperación o la subversión, la realización de los cambios sociales que una aceptación generalizada de la teoría revolucionaria podría provocar. Así, la revolución y la contrarrevolución en el pensamiento son, por consiguiente, “características de las ciencias sociales que aparentemente no son características de las ciencias naturales. Las revoluciones en el pensamiento no pueden ser separadas, en último término, de las revoluciones en la práctica” (Harvey 1977, 130-132).

Esto fue precisamente lo que ocurrió en la geografía latinoamericana durante esta época, en la que las condiciones objetivas propiciaron una embestida contra los pensamientos y las ideas que habían ocupado un lugar relevante en la proliferación de los procesos revolucionarios latinoamericanos y en sus respectivas teorías. En adelante, se consolidó y se hizo efectivo un conjunto de planteamientos que respondieron a las estrategias contrainsurgentes, las cuales detuvieron la transformación social latinoamericana y arremetieron contra los sujetos e ideas que impulsaban dicha aspiración histórica.

Se trató de una verdadera contrarrevolución de la teoría geográfica, ya que esta repercutió de manera efectiva en la propia práctica contrarrevolucionaria burguesa. Surgieron, entonces, una serie de conocimientos ampliamente reconocidos, que contribuyeron a concebir la geografía como un saber que, en lugar de revelar, esclarecer y transformar la realidad social, era capaz de manipularla, dilatarla y conservar su estado.

En este sentido, la teoría contrarrevolucionaria en geografía puede entenderse, según Harvey, del siguiente modo:

[p]uede parecer o no basada en la realidad que trata de describir, pero oscurece, empaña y generalmente ofusca (intencionalmente o no) nuestra capacidad de comprender dicha realidad. Tal teoría es atractiva por regla general y, en consecuencia, adquiere general aceptación, dado que es lógicamente coherente, de fácil manejo, estéticamente

atractiva o simplemente nueva y de moda; pero de algún modo se encuentra muy alejada de la realidad que trata de representar. [...] También puede funcionar como falso soporte y legitimación para aquellas acciones contrarrevolucionarias que traten de impedir cambios necesarios. (Harvey 1977, 157)

La geografía como doctrina política. Geopolítica y contrainsurgencia

La ofensiva contrarrevolucionaria latinoamericana se caracterizó por la aplicación a la lucha política de un enfoque militar a través de la estrategia de contrainsurgencia. Como indica Ruy Mauro Marini (1978), en un primer lugar este proceso tuvo como telón de fondo el cambio de la estrategia global norteamericana en su disputa por la hegemonía mundial frente a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) y los procesos revolucionarios que se extendieron por el mundo en aquel periodo. En segundo lugar, se produjo una transformación estructural del capitalismo y de las burguesías latinoamericanas que se tradujo en modificaciones del bloque político dominante, dichas modificaciones surgieron en el marco de la integración de los sistemas de producción latinoamericanos al sistema imperialista y dieron lugar a una burguesía monopólica, estrechamente vinculada a la burguesía imperialista —en especial norteamericana—. El resultado de ese proceso fue la ruptura y el abandono del Estado populista que hasta entonces había predominado; en su lugar se configuró un nuevo Estado preocupado, fundamentalmente, por los intereses de las fracciones monopólicas, nacionales y extranjeras, y por la puesta en marcha de mecanismos selectivos para favorecer su acumulación.

Finalmente, la estrategia impulsada por las burguesías buscó contener el ascenso del movimiento de masas que se había desplegado a lo largo de la región en aquella época, cuyo ejemplo más representativo fue la Revolución cubana. Ese amplio movimiento de masas, que irrumpía en las fracturas del sistema de dominación generadas por la fragmentación del bloque en el poder y agravaba las contradicciones existentes, explica la violenta reacción de la burguesía y del imperialismo, es decir, la contrarrevolución que entonces se desató en el subcontinente.

De acuerdo con Marini (1978), se instauraron Estados de contrainsurgencia que se sustentaron una doctrina —de raíz fascista— con tres características principales. En primer lugar, la contrainsurgencia concibe al adversario

como un enemigo que no solo debe ser derrotado, sino aniquilado; es decir, destruido. Esto implica entender la lucha de clases como guerra y, por tanto, adoptar tácticas y métodos militares. En segundo lugar, la contrainsurgencia considera al movimiento revolucionario como algo ajeno a la sociedad en la que se desarrolla; en consecuencia, interpreta el proceso revolucionario como subversión producida por la infiltración de un enemigo —como un virus que invade el organismo social— y que, por lo tanto, debe ser extirpado. En tercer lugar, la contrainsurgencia pretende restablecer la “salud” del organismo social infectado —esto es, de la sociedad burguesa organizada políticamente bajo formas parlamentarias y liberales—, por lo que se propone explícitamente la restauración de la democracia burguesa después del periodo de excepción que constituye la fase de guerra. La contrainsurgencia no cuestiona la validez de la democracia burguesa; tan solo plantea su limitación o suspensión durante la campaña de aniquilamiento. Mediante la reconquista de bases sociales se avanza, posteriormente, hacia la fase de institucionalización, concebida como el restablecimiento pleno de la democracia burguesa.

Así, la concepción del “enemigo interno” tuvo como una de sus bases el tránsito de las doctrinas geopolíticas norteamericanas —que irrumpieron en la conciencia estadounidense en 1942 (Smith 2015, 195)⁶— hacia el poder de las Fuerzas Armadas latinoamericanas, como

6 Sobre el mismo tema, Graciela Uribe señala que la geopolítica tuvo su gestación en la Alemania fascista, inducida por el revisionismo de los círculos dominantes de este país después de la derrota en la Primera Guerra Mundial. Con un feroz determinismo y un abyecto nacionalismo y racismo, estos círculos demostraron estar fehacientemente alejados de la ciencia y del humanismo. Tras la aniquilación del delirio hitleriano de poder mundial, la geopolítica se afincó fuertemente en territorio americano. Desde luego, los norteamericanos ya habían avanzado en sus planteamientos, principalmente a través de Spykman, quien puede caracterizarse como el portaestandarte de la guerra total y permanente como ambiente natural del mundo moderno. Al compás de la doctrina Truman —primer esbozo de la doctrina de la seguridad nacional—, el papel hegemónico con que Estados Unidos emergió del conflicto bélico se alimentó del clima de la Guerra Fría, que agitaba el peligro del comunismo para el “mundo libre”. De esta historia, los sectores militares latinoamericanos recibieron, de forma creciente, la atención de los círculos gobernantes de Estados Unidos (Uribe Ortega 1998, 31).

parte de las encomiendas de dominio imperialista. De esta forma, durante los golpes militares y los regímenes dictatoriales o autoritarios, se consolidó el poder de las Fuerzas Armadas, las doctrinas de seguridad nacional y las tradiciones geopolíticas organicistas sustentadas en el darwinismo social, desarrolladas por las escuelas de geografía política europeas⁷ y anglosajonas. En consecuencia, esta ecuación se convirtió en el sustento ideológico-político del proceso de dominación contrainsurgente e imperialista.

El basamento político-ideológico de tales doctrinas se apoyó en la adopción de las interpretaciones pseudocientíficas de la geopolítica clásica europea. Sobre esta, como señala el geógrafo marxista Neil Smith (2015), a finales del siglo XIX, la geopolítica se concebía como la “ciencia del Estado”, entendido como un organismo territorial que ejerce el poder en competencia con otros Estados. La geografía de un Estado —su ubicación con respecto a otros, sus características físicas, los recursos que controla, su territorio y su población— influía en su destino político y, a la inversa, el conocimiento geográfico podría aplicarse a las relaciones de competencia del Estado con otros territorios; es decir, el arte de la geopolítica.

Así, el Estado se arraiga de manera orgánica en el territorio que organiza. De la relación entre Estado y espacio se deriva el control del espacio. Los Estados más extensos son más poderosos y propician culturas expansivas: la expansión territorial constituye una característica natural tanto del Estado como de los organismos biológicos (Smith 2015, 196).

En resumidas cuentas, lo que predomina es la concepción o el enfoque organicista de la política; es decir, se parte de entender conceptualmente al Estado como un organismo vivo que lucha por sobrevivir en competencia con otros Estados o contra enemigos internos. Dicha definición forma parte de la teoría organicista del Estado, cuya base epistemológica explica la realidad política a partir de hechos naturales ajenos a la voluntad de la sociedad y de los seres humanos. De este modo, el

7 De fuerte tradición en la geografía desarrollada en América Latina, y específicamente en temas relacionados con el Estado y la política, la obra del alemán Friedrich Ratzel, uno de los padres fundadores de la geografía moderna y la geopolítica, será retomada significativamente por las Fuerzas Armadas en sus estrategias geopolítico-militares. Un caso emblemático es su presencia en las contribuciones geopolíticas de autores chilenos durante la dictadura militar.

Estado y la política dejan de ser una realidad social para convertirse en un elemento físico que se impulsa y actúa por su propia fuerza.

Esta concepción formó parte de los engranajes del imperialismo. Al respecto, basta con considerar lo planteado por Lenin en su teoría sobre el imperialismo, al señalar que la fase superior del capitalismo muestra que entre los grupos capitalistas se establecen determinadas relaciones basadas en el reparto económico del mundo. Al mismo tiempo, y en conexión con ello, empiezan a desarrollarse determinadas relaciones entre los grupos políticos y entre los Estados, sobre la base del reparto territorial del mundo, de la lucha por las colonias y de la “lucha por las esferas de influencia” (Lenin 1947, 42).

De manera que en América Latina se requirió la implementación de una doctrina geopolítica imperialista, en el sentido de que se reclamó la necesidad de una hegemonía estadounidense sobre el mundo para contener al comunismo, estableciendo así un dominio sobre las áreas de influencia. Con el advenimiento de la Guerra Fría, la geopolítica de la “contención” norteamericana y su ideólogo, el estratega geopolítico Nicholas Spykman, ejercieron una poderosa influencia en la política exterior. En concordancia con esta tesis, la estrategia geopolítica de Washington, adoptada durante y después de la Segunda Guerra Mundial, se propuso extender la hegemonía estadounidense más allá de sus propios límites. En esta nueva cruzada anticomunista, y en el marco de la Guerra Fría, las revoluciones serían combatidas en todo el mundo, especialmente en las áreas consideradas estratégicas, como era el caso de América Latina.

En esta perspectiva, conviene examinar el papel de la geopolítica y el reforzamiento ideológico de la contrainsurgencia en las décadas de los sesenta y setenta en América Latina, como una de las medidas de contención para el funcionamiento imperialista derivado de la adopción de la doctrina norteamericana. Como señala Marini, dicha doctrina permitió fundar sobre bases más sólidas la concepción de las instituciones armadas como garantes fundamentales de los intereses del Estado —identificados con la seguridad nacional—, llamadas por ello a ejercer un papel no solo tutelar, sino también conductor respecto a la sociedad (Marini 1985, 3-11).

Con base en lo anterior, tras conquistar la hegemonía mundial, Estados Unidos puso en marcha medidas orientadas a la defensa frente a amenazas externas y al aseguramiento de sus áreas de influencia. Destacó, por la enorme efectividad de sus resultados, la atención e instrucción de sectores militares latinoamericanos por parte de los

aparatos de Estado norteamericano, que, mediante las “academias”, sembraron las doctrinas geopolíticas en las cúpulas uniformadas sobre cada territorio nacional⁸. En este sentido, como apunta Jaime Osorio, la doctrina de contrainsurgencia se presenta de la siguiente forma:

[e]n el contexto de la Guerra Fría, los Estados occidentales y democráticos sufren ofensivas del comunismo no solo provenientes del exterior, sino que esas se han internalizado por la vía de la preparación de cuadros comunistas y activistas en el exterior, los que se han vuelto a insertar en las sociedades y desde ahí llevan a cabo labores insurgentes, reclutando para tal fin a diversos sectores sociales, estudiantes, dirigentes sindicales, militantes de partidos, pobladores, etcétera, generando desestabilización y permitiendo que el comunismo gane posiciones. La guerra en pocas palabras ya no es solo externa, sino por el contrario, fundamentalmente interna: el enemigo se ha incrustado en el seno de nuestras sociedades. A la luz de esta doctrina la lectura que se hacía de las movilizaciones populares y del activismo general era el de la marcha ascendente de la insurgencia interna propiciada por el comunismo internacional. Hacerle frente implicaba cuerpos especiales de las fuerzas armadas, preparados para la guerra interna. (Osorio 2016b, 287)

De esta manera, de acuerdo con Uribe (1996, 150), en algunos casos se intentó demostrar su aplicabilidad para abordar los problemas del desarrollo, pero, en lo esencial, la geopolítica se trasladó tal como se había gestado en suelo europeo. Los altos mandos militares la utilizaron como base ideológica para la mística de la “seguridad” y los intereses nacionales, y posteriormente para justificar el poder de las Fuerzas Armadas. Fue así como las doctrinas de seguridad nacional aparecieron en América Latina y el Caribe como “clones” de la doctrina norteamericana, fundamentándose en los problemas de desarrollo. Su base geopolítica no fue ningún secreto: la literatura de Haushofer y su amalgama ideológica, al igual que la de sus colaboradores y seguidores, constituyó siempre su “fundamento científico”.

Los rasgos definitorios de las doctrinas de seguridad nacional en relación con la geopolítica fueron los enfoques organicistas y el determinismo *físico*, el concepto de seguridad que fundamenta una vida social bélica en la

⁸ Para profundizar en el desarrollo teórico y político de la geopolítica norteamericana en América Latina, como estrategia de intervención y seguridad, véase Costa (1992, 165-228).

que emerge la figura del “enemigo interno” —además del enemigo externo tradicional—, un nacionalismo mediante el cual se intenta encubrir la desigualdad social y que se transforma en un patrioterismo vacío y perverso, muy cercano al chauvinismo xenofóbico, una defensa total y acrítica del sistema capitalista y una aversión irracional al comunismo y a todo lo que se le asemeje. Este es el caso del “enemigo interno”, que puede incluir a grupos subversivos, disidentes, religiosos, jóvenes, trabajadores o al pueblo en general. A esto se suma el papel destacado que deben cumplir las Fuerzas Armadas, a diferencia de otras instituciones, como las relacionadas con el poder ejecutivo o legislativo.

En la medida en que se fueron afinando los conceptos relativos a la Guerra Fría, se incorporaron diversos términos que, posteriormente, cuando las Fuerzas Armadas tomaron el poder, desempeñaron un papel importante en la legitimación del terrorismo de Estado⁹. Fue así como la concepción organicista del enemigo interno formó parte de las “realidades” que cierta geografía conservadora —según David Harvey— presentó como “realidades de la naturaleza”, las cuales se utilizaron para justificar el imperialismo, el neocolonialismo, el expansionismo y las estrategias de dominio geopolítico (Harvey 2007a, 250). En suma, la geopolítica y la contrainsurgencia tuvieron como propósito encubrir, consolidar y sostener la gestación del nuevo proyecto económico. En síntesis, Graciela Uribe señala:

[e]l apoyo ideológico de la geopolítica fue sobresaliente en la preparación, ejecución y despliegue de las propuestas de “seguridad nacional” que legitimaba la “guerra interna”, la destrucción del tejido social y la conculcación de los derechos humanos a cambio de un supuesto “orden amor a la patria” aunque fuera a costa del asesinato masivo de ciudadanos y la venta de patrimonios nacionales. El engarce de las doctrinas de seguridad nacional con los modelos político-económicos neoliberales se efectuó a partir de la década de [los setenta]. Si bien los aires nefastos de la intervención se habían anunciado ya en Guatemala en la década de [los cincuenta] y hubo preámbulos neoliberales

en Brasil con la implementación de la dictadura militar en 1964, el laboratorio social en este sentido fue la dictadura “del neofascismo dependiente” como la han denominado, instaurada en Chile en 1973. Los planteamientos geopolíticos se desarrollaron en ese periodo tanto a niveles nacionales como desde el Pentágono y desde el Departamento de Estado Norteamericano. [...] Se exalta el papel de las Fuerzas Armadas, la lucha anticomunista, la necesidad de forjar el Estado subsidiario, el fortalecimiento de la lucha contra el enemigo interno, la potestad del mercado como elemento indispensable de la democracia y la indispensable alineación de las naciones americanas en la estrategia hegemónica del mundo libre encabezado por Estados Unidos.

(Uribe Ortega 1996, 151)

Patriotismo y nacionalismo territorial

Otra tarea fundamental de la forma y el proceso específico de contraresolución burguesa latinoamericana fue la construcción de un nacionalismo burgués, en algunos casos exacerbado¹⁰, como soporte ideológico, político y cultural de la dominación autoritaria y dictatorial. Cabe recalcar que los Estados de contraresistencia generaron una violencia con un sentido político preciso: establecer una paz social que hiciera posible el establecimiento de nuevas modalidades de reproducción del capital (Osorio 2016b, 289). En este sentido, su objetivo central fue aniquilar a los organismos “nocivos” de la sociedad para dar paso al establecimiento de un nuevo orden socioinstitucional, para lo cual era necesario imprimirlas su propio sello de legitimación y reconocimiento. En otras palabras, la instauración de las dictaduras militares no fue el fin, sino el comienzo del proceso de fascistización, según las condiciones específicas del capitalismo dependiente (Santos 1978, 51). A las medidas coercitivas les correspondió una dosis de consentimiento. El nacionalismo burgués recreó esta entidad.

Durante el proceso de contraresistencia, se hizo necesario despojar a la nación cualquier vestigio popular. De manera que una tarea urgente de los nuevos regímenes autoritarios fue borrar del plano dicha visión y suplantar de inmediato otra que les permitiera imponer sus relaciones de mando y obediencia. La dominación violenta se justificó y se acompañó por una nueva forma

⁹ Una parte muy importante de las prácticas geopolíticas y el poder político-militar fue la elaboración de instrumentos cartográficos; dicha tarea estuvo en manos de los militares, quienes históricamente han sido los artífices predilectos de esta actividad. En este caso, su objetivo fue cartografiar toda la información necesaria de tácticas y estrategias de guerra; por ejemplo, para abatir los focos guerrilleros.

¹⁰ Como particularmente se puede ver en el caso argentino, acentuado principalmente durante la guerra de las Malvinas.

de entender la nación. Así, el territorio nacional, base o sustento ideológico de la nación, se convirtió en arena de disputa, ya que sobre él reposaría la defensa de lo común frente a los enemigos internos y externos de la sociedad.

De este modo, se cultivó un sentimiento de identidad, arraigo y pertenencia a un espacio, en otras palabras, se promovió la reconstrucción de un nacionalismo territorial. En este sentido, el nacionalismo territorial descansó sobre ciertas interpretaciones geográficas que lograron impregnar la idea de la constitución de una comunidad que guarda la protección de lo suyo —la patria— ante las amenazas externas e internas, donde las Fuerzas Armadas son quienes, de manera monopólica y legítima, llevan a cabo esta defensa del territorio de todos: el territorio nacional.

Fue así como se emprendieron diversas estrategias para inculcar determinadas interpretaciones geográficas que coadyuvaron a la reformulación del nacionalismo territorial. Entre las que más destacan se encuentra el ámbito de la difusión y patrimonialización del folclor cultural, en específico, la instrumentalización del paisaje y la invención simbólica de la patria a través de los ámbitos locales y tradicionales¹¹. Otra de las tareas más importantes dentro de este marco de construcción del nacionalismo fue la defensa de la soberanía territorial, que ofrecía argumentos geográficos e históricos acerca de determinados asuntos y conflictos respecto al derecho, la seguridad y las relaciones internacionales. Destaca la hipótesis del conflicto con los países limítrofes, la cual se tornó dominante (Ramírez, Montañez y Zusman 2013, 118).

Por ejemplo, el golpe de Estado de 1976 instauró en Argentina una dictadura militar e inauguró una nueva etapa en la política exterior, rompiendo con los paradigmas tradicionales de la diplomacia del país. El gobierno castrense estableció sucesivamente relaciones conflictivas con las naciones vecinas, en particular con Chile, país con el cual estuvo al borde de un enfrentamiento armado

hacia finales de 1978. Más trágico aún resultó el conflicto bélico con Gran Bretaña en 1982 por la posesión de las islas Malvinas. En este contexto, la Sociedad Argentina de Estudios Geográficos (GAEA), a través de sus dirigentes, asumió el rol de contribuir a la formación, difusión y consolidación de lo que denominaron conciencia territorial. Ante lo que consideraban una profunda demanda social de sentimientos patrióticos, la GAEA reordenó su agenda de investigación, emitió declaraciones públicas, organizó conferencias y encuentros, y fijó posición ante los poderes estatales sobre los conflictos en curso (Cicalese 2009).

En este sentido, Silvia Busch señala que el afán por intervenir en los conflictos políticos limítrofes —en los que se ponía en juego la extensión del territorio argentino— expresaba la convicción de que los Estados son más poderosos cuanta mayor superficie terrestre ocupan, argumento sistematizado y teorizado por Friedrich Ratzel en su obra *Geografía política* (1897). La cartografía y la representación de la “verdadera” extensión del territorio argentino se convirtieron en temas prioritarios en las publicaciones de los miembros de la GAEA, quienes buscaron las proyecciones más favorables para resaltar su “grandeza” e incorporaron territorios de legitimidad cuestionada (Busch 2015).

Por último, posiblemente la estrategia más emblemática y efectiva se desplegó a través de la educación escolar. Se proyectó un marco teórico para la construcción de un discurso didáctico que conjugó la perspectiva positivista con la ideología conservadora para fundar el nacionalismo patriótico (Achkar, Domínguez y Pesce 2011, 60). Aunque en algunos países la enseñanza de la geografía ya representaba desde décadas atrás una tradición consolidada en los sistemas educativos, el aspecto trascendental durante este periodo histórico fue la reinvención de la identidad nacional con el propósito de crear nuevos ciudadanos, plasmar una nueva constitucionalidad y reconstruir el país a partir de la formación de una subjetividad territorial nacional¹². Cabe señalar

¹¹ Al respecto, véase el excelente trabajo de Jara (2011), quien examina cómo el paisaje chileno fue reinventado por la ideología nacionalista y por el régimen militar a través de la difusión artística, intelectual y cultural, principalmente mediante las ilustraciones. En el cruce analítico entre la historia de las ideas políticas, la cultura y la iconografía, el autor muestra cómo el territorio chileno fue “patrimonializado” políticamente, mientras el paisaje se proyectó simbólicamente como base del patriotismo y como elemento “naturalizador” de una población uniformada y del orden autoritario.

¹² Se toma como referencia dicho concepto para enmarcar, en particular en el caso argentino, que la geografía y la historia fueron las disciplinas que más contribuyeron a la construcción de la subjetividad territorial nacional por medio del sistema educativo, tanto formal como informal. Se entiende por *subjetividad territorial* aquella que otorga sentido a lo espacial, configurando el mundo simbólico de la territorialidad percibida y vivida, tanto a escala nacional —posiblemente el nivel más

que no hay mejor instancia que el Estado para presentar esta imagen, ya que, mediante su influencia en la educación, puede producir activamente identidades nacionales como medio para garantizar su poder.

Cuando la geografía y los geógrafos se sitúan dentro de estos marcos de producción de conocimientos geográficos, se convierten, a veces sin reconocerlo, en agentes tácticos del poder estatal (Harvey 2007a, 231). Bajo estas condiciones, fue necesario emprender el discurso pedagógico constituido por la *geografía de los profesores*, ese temible instrumento ideológico que, en el ámbito escolar y universitario, a través de los recursos de tipo enciclopédico, sirve sobre todo para enmascarar —mediante procedimientos poco evidentes— la utilidad práctica del análisis del espacio y, al mismo tiempo, inculcar mejor la ideología nacional. En este sentido, Yves Lacoste advierte que la enseñanza de la geografía contribuye a reforzar la idea de que la nación en la que vivimos es un dato intangible, presentado como si no se tratara de una construcción histórica, sino de un conjunto espacial engendrado por la naturaleza. Es evidente que la geografía de los profesores oculta los problemas políticos internos de la nación, aunque no disimula en absoluto unos sentimientos patrióticos que casi siempre derivan de una patriotería de la más cabal (Lacoste 1977b, 36).

Indudablemente, el caso más representativo de este fenómeno fue la dictadura chilena. Pinochet, como jefe de la Junta Militar, clausuró toda expresión académico-intelectual con olor a “subversivo” —tal fue el caso de disciplinas como la sociología y la filosofía—, y, en cambio, modificó el estudio, la difusión y la utilización de los saberes geográficos, impactando y reestructurando su institucionalidad disciplinaria. Conocedor de la potencialidad del conocimiento geográfico, Pinochet promovió determinadas representaciones espaciales para cimentar uno de los proyectos ideológicos más importantes para su régimen: el patriotismo.

Como enfatiza Harvey (2007b, 39), se sabe que Pinochet, debido en gran medida a su formación profesional, veía con buenos ojos la enseñanza de la geografía y comprendió que su instrucción era ideal para formar al pueblo chileno en las virtudes del patriotismo y transmitirles el sentido de su verdadero destino histórico. De este modo, para el caso chileno, debe reconocerse el papel que desempeñó Pinochet, ya que su gestión puede entenderse como la

evidente — como a escala regional, provincial y local (Bustos Cara 2007, 155).

continuidad histórica del vínculo instrumental y conservador del saber geográfico dentro de la ruptura procesual nacional, preludiado por las incursiones militares y geopolíticas de los gobiernos radicales. Más significativamente, la geografía de Pinochet puede comprenderse como la expresión del impacto neoconservador y ultraliberal que permeó al conjunto de la sociedad chilena y, por extensión, el cuerpo de ideas y prácticas geográficas durante las últimas décadas.

Ante todo, Pinochet era un militar con una visión epistemológica estrecha de la geografía; sin embargo, instituyó la disciplina y sus prácticas institucionales en el punto más alto de las significaciones de poder instrumental y burocrático del Estado (Quiroz y Narváez 2014, 50). En el fondo, como sucedió en el caso brasileño, la fuerte impronta geopolítica de las dictaduras a lo largo del subcontinente y la implementación de la doctrina de seguridad nacional —expresada en la concepción del enemigo interno y en las políticas de “seguridad” y “soberanía”— se sustentaron en los denominados proyectos de integración nacional (Moraes 2005, 100), cuya principal intención fue la construcción de una nueva versión de la vieja ideología del Estado fuerte.

Retomando las ideas de la geógrafa argentina, Perla Zusman, durante esta época las tareas de promoción del reconocimiento territorial y de la enseñanza situaban a la geografía en una posición privilegiada para afirmar que esta institución científica contribuía al conocimiento y difusión de las características físicas, económicas y etnográficas que sustentaba la nacionalidad. Cabe recordar que el interés por producir conocimiento sobre el territorio, a cargo de científicos, acompañaba los objetivos políticos del periodo, en el cual la visión civilizatoria se fundamentaba en un proyecto de carácter nacional. Se trataba de un proyecto epistemológico presentado como científico frente a las propuestas previas, catalogadas como meramente enumerativas o memorísticas (Zusman 2001, 2). En este sentido, una de las principales repercusiones políticas de la geografía durante esta etapa fue su contribución a la construcción del imaginario nacional a partir de la confección de los márgenes territoriales¹³.

¹³ Al respecto, cabe señalar que desde entonces se fue instalando en los espacios educativos una tradición orientada a la descripción, enumeración y clasificación de los fenómenos de la superficie terrestre. En ella, la influencia del positivismo se expresó en la pretensión de objetividad y el monismo

Así, la geografía se convirtió en la herramienta pedagógica predilecta —junto con la historia—, en un momento en que el rumbo de las naciones estaba en disputa. La disciplina quedó encargada de mostrar e inculcar política, cultural y socialmente a la población un sentimiento de identidad y arraigo hacia los territorios nacionales por medio del aprendizaje monográfico de sus rasgos fisiográficos, con el fin de naturalizar y neutralizar las diferencias socioeconómicas, fortalecer la pertenencia a un espacio y legitimar la defensa del territorio. De este modo, se elaboró una forma de propaganda estatal basada en la identidad nacional naturalizada.

A pesar del cambio en sus estructuras epistemológicas y metodológicas, prevaleció la visión de ciencia-puente organicista, dedicada al estudio de la superficie terrestre y generadora de un arraigo territorial que permitía proyectar la conciencia nacional desde la base física de un país. Este fragmento evidencia la defensa del histórico posicionamiento de la disciplina. El enfoque organicista —más explícito en los contenidos referidos a las poblaciones, entendidas como conjuntos de personas que habitan un territorio— entró en competencia con los nuevos enfoques de carácter neopositivista que comenzaron a emerger en la geografía al otorgar mayor relevancia a la acción social en la explicación de los procesos. La concepción organicista de los Estados y de las poblaciones funcionó como instrumento simbólico de la ideología nacionalista, instalando la idea de que la extensión de los territorios estatales es constitutiva de su grandeza y otorgando sentido a la inclusión de los contenidos de la geopolítica: “soberanía territorial, límite, frontera, organismos supranacionales, bloques, integración” (Busch 2013, 105).

Como señala Ortega Valcárcel, la triple identidad nación-Estado-territorio configura la moderna construcción nacional y, con ella, la ideología nacionalista contemporánea. Este elemento consagró institucionalmente a la geografía como soporte del espíritu nacional burgués y de la ideología en que se sustentaba, consolidándola como la disciplina del Estado-nación. A la geografía se le confirió un objetivo trascendente: forjar la identidad nacional a través del sistema escolar (Ortega Valcárcel 2000).

La identidad territorial se erigió así en el soporte de la construcción histórica que justificó la nación, entendida, ante todo, como Estado, como territorio. El arraigo a

metodológico, que dio lugar a la naturalización de los procesos sociales (Busch 2015).

un espacio común se convirtió en una práctica cultural, científica e intelectual promovida, en gran medida, desde el campo de la geografía. En otras palabras, la geografía y la historia fueron las disciplinas que más aportaron a la construcción de la subjetividad territorial nacional por intermedio del sistema educativo¹⁴. La nación se definió como una comunidad política soberana que aspira a ser autónoma e independiente. Esta pretensión generó, según Lomnitz (2016, 7), un propio imaginario geográfico.

Consideraciones finales

En las últimas décadas del siglo xx, la realidad política latinoamericana se caracterizó por la desarticulación de las luchas y organizaciones revolucionarias, el retorno de los mandos civiles y el marcado aroma de la derrota y el desencanto. Con ello, la llegada de la atmósfera democrática en la mayor parte de los países de América Latina abrió las puertas para al restablecimiento de muchas de las voces e ideas que habían sido desterradas de la región.

Como parte de los senderos sobre los cuales avanzó la democracia latinoamericana, se destacó el retorno de las actividades intelectuales, académicas y políticas dentro de un clima de apertura a distintas formas de pensamiento, derivadas de la irrupción de múltiples voces que impulsaron el restablecimiento de la vida institucional¹⁵. En este ambiente, emergieron nuevas ideas que dieron forma a un proyecto intelectual latinoamericano marcado

¹⁴ Se entiende por *subjetividad territorial* aquella que da sentido a lo espacial, construyendo el mundo simbólico de la territorialidad percibida y vivida, tanto a escala nacional, posiblemente el nivel más evidente, como a escala regional, provincial y local (Bustos Cara 2007, 155).

¹⁵ Para algunos, dicha situación no era más que la puesta en práctica de los valores fundamentales y parte de las bondades de cualquier sociedad democrática, donde la libertad, la diversidad y la tolerancia deberían reinar sobre cualquier cosa. Para otros tantos, representaba una pieza clave de las contiendas por la democratización de la vida pública, donde la atención a las entidades y expresiones de la sociedad civil deberían estar en disputa para poder transitar y profundizar en los procesos democráticos. Finalmente, para algunos más, críticos a este orden político, tal contexto formaba parte de las relaciones de dominación consensuales por parte de los nacientes regímenes políticos, quienes apuntaron a construir nuevas formas de legitimación a través del cercamiento y cooptación de las actividades académicas e intelectuales.

por su interés en la democracia, la aparición de nuevos sujetos y movimientos sociales, y la reivindicación del pluralismo y la política identitaria.

Así, la época de oro de la teoría social y del marxismo latinoamericano habían quedado atrás, dando paso a un relevo teórico dentro de las ciencias sociales y de las esferas intelectuales en la región.

En el caso de la geografía, la recepción de las ideas provenientes de otras regiones del mundo se convirtió en la mejor alternativa para muchos geógrafos que padecieron en carne propia la violencia política, mientras que para otros representó oxígeno puro frente a los abrumadores y estériles conocimientos geográficos monográficos, las prácticas reaccionarias de las doctrinas geopolíticas y las nacientes tareas de planeación y ordenamiento territorial emprendidas por el proyecto de modernización económica neoliberal.

Todo esto implicó el abandono, como principales referentes de análisis y reflexión, de la crítica de la economía política, las teorías de la dependencia y del subdesarrollo, así como del marxismo clásico y revolucionario, dando paso a un nuevo rumbo teórico en el pensamiento geográfico latinoamericano vinculado, por un lado, al llamado *giro espacial* en las ciencias sociales, el marxismo occidental y la teoría crítica, y por otro, a la recepción de las corrientes de pensamiento radical nacientes en la geografía, principalmente anglosajona.

Esto dio forma a lo que hoy se puede identificar como *geografía crítica latinoamericana*. De esta manera, como bien apuntan Bocco y Urquijo, el giro “hacia una izquierda diferente que se asienta ya no en la revolución armada, sino en la protesta popular y la reforma electoral” constituye el marco general en el que debe entenderse el pensamiento geográfico latinoamericano en los últimos tiempos (Urquijo Torres y Bocco Verdinelli 2016, 161).

Esta nueva corriente marcó un hito dentro de la geografía en América Latina, ya que, al desterrar una tradición notablemente enriquecedora en el plano intelectual, abrió paso a una nueva narrativa teórica y política que enfrentó y se opuso a los conocimientos y prácticas geográficas hegemónicas, pero desde otro horizonte teórico-político. La geografía crítica latinoamericana se definió, así, como una corriente de pensamiento que, a partir de la recepción, apropiación y difusión de los enunciados críticos europeos y norteamericanos, se opuso a la rationalidad instrumental del conocimiento geográfico. De este modo, navegó a contracorriente del pensamiento dominante, sosteniendo una postura política diferencial frente al orden establecido y planteando alternativas que

irrumpieron en los esquemas convencionales de la disciplina geográfica, apelando a las teorizaciones sobre la producción social del espacio en la modernidad capitalista.

Sin embargo, esta corriente de pensamiento geográfico se caracterizó en sus inicios, fundamentalmente, por su fuerte atención y elaboración en materia teórico-epistemológica, desplazando, por un lado, los análisis sobre economía política que habían caracterizado los planteamientos marxistas de décadas anteriores y, por otro, las prácticas doctrinarias del periodo contrarrevolucionario. El punto de partida de esta nueva aventura intelectual se encuentra en la crisis de la geografía positivista, que derivó en una crítica epistemológica de sus fundamentos y principios.

Esta convocatoria de crítica al positivismo atrajo el interés de numerosos geógrafos de distintos países del subcontinente, así como de diversas corrientes ideológicas y perfiles teóricos, que, a manera de consenso, encontraron en la revisión del método geográfico el elemento central de la reflexión. De este modo, abandonaron el terreno de la lucha de clases para incorporarse a la lucha epistemológica.

En conclusión, si bien existe una línea de continuidad entre el proceso de renovación de la geografía latinoamericana abierto entre las décadas de los sesenta y setenta y el desarrollo posterior de la geografía crítica latinoamericana, ambos corresponden a etapas y procesos distintos. Esto demuestra que la contrarrevolución teórica logró su objetivo: desarticular el proceso de renovación para restaurar la utilidad conservadora de la geografía en América Latina.

Referencias

- Achkar, Marcel, Ana Domínguez y Fernando Pesce. 2011. *El pensamiento geográfico en Uruguay*. Montevideo: Instituto de Ecología y Ciencias Ambientales.
- Bassols Batalla, Ángel. 1983. *Geografía, subdesarrollo y regionalización*. México: Nuestro Tiempo.
- Borón, Atilio. 2008. “Teoría(s) de la dependencia”. *Realidad Económica*, no. 238, 20-43.
- Busch, Silvia Inés. 2013. “La geografía en la reforma curricular del ‘compromiso entre lo nuevo y las tradiciones’”. *Revista del IIICE*, no. 34, 99-110. <https://doi.org/10.34096/riice.n34.1445>
- Busch, Silvia Inés. 2015. “La incorporación de la geografía crítica al currículum en la Argentina: un estudio de las disputas entre actores y enfoques en la reforma curricular de los ‘90”. *Biblio 3W. Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales* 20 (1107).

- Bustos Cara, Roberto. 2007. "Geografía argentina: realidades, incertidumbres y utopías". *Anales de Geografía de la Universidad Complutense* 27 (1): 151-162.
- Chaves, Luis Fernando. 1980. *Expresión geográfica del subdesarrollo*. Mérida: Universidad de Los Andes.
- Cicalese, Guillermo Gustavo. 2009. "Geografía, guerra y nacionalismo. La Sociedad Argentina de Estudios Geográficos (GAEA) en las encrucijadas patrióticas del gobierno militar, 1976-1983". *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales* 13 (308).
- Costa, Wanderley Messias da. 1992. *Geografía política e geopolítica. Discursos sobre o território e o poder*. São Paulo: Hucitec.
- Cueva, Agustín. 1995. "Reflexiones sobre la sociología latinoamericana". En *La teoría social latinoamericana. Textos escogidos. Tomo III. La centralidad del marxismo*, compilado por Ruy Mauro Marini y Márbara Millán, 379-397. México: UNAM.
- Harvey, David. 1977. *Urbanismo y desigualdad social*. Madrid: Siglo XXI.
- Harvey, David, ed. 2007a. "Identidades cartográficas: los conocimientos geográficos bajo la globalización". En *Espacios del capital. Hacia una geografía crítica*, 225-252. Madrid: Akal.
- Harvey, David, ed. 2007b. "¿Qué tipo de geografía para qué tipo de política pública?". En *Espacios del capital. Hacia una geografía crítica*, 39-50. Madrid: Akal.
- Jara, Isabel. 2011. "Politicizar el paisaje, ilustrar la patria: nacionalismo, dictadura chilena y proyecto editorial". *Aisthesis*, no. 50, 230-252. <https://doi.org/10.4067/s0718-71812011000200013>
- Lacoste, Yves, ed. 1977. "La geografía de los profesores: un coraje con toda la práctica. ¿Para incluir mejor una ideología nacional?". En *La geografía: un arma para la guerra*, 36-41. Barcelona: Anagrama.
- Lenin, Vladímir Ilich. 1947. *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. Moscú: Ediciones en Lenguas Extranjeras.
- Lomnitz, Claudio. 2016. "Hoja de ruta". En *La nación desdibujada. México en trece ensayos*, 5-12. México: Malpaso.
- Marini, Ruy Mauro (blog). 1978. "El Estado de contrainsurgencia". <https://marini-escritos.unam.mx/?p=1316>
- Marini, Ruy Mauro. 1985. "La lucha por la democracia en América Latina". *Cuadernos Políticos*, no. 44: 3-11.
- Moraes, Antonio Carlos Robert. 2005. *Território e história no Brasil*. São Paulo: Annablume.
- Ortega Valcárcel, José. 2000. *Los horizontes de la geografía. Teoría de la geografía*. Barcelona: Ariel.
- Osorio, Jaime. 1995. *Las dos caras del espejo. Ruptura y continuidad en la sociología latinoamericana*. México: Triana.
- Osorio, Jaime. 2009. *Explotación redoblada y actualidad de la revolución. Refundación societal, rearticulación popular y nuevo autoritarismo*. México D.F.: Universidad Autónoma Metropolitana (UAM).
- Osorio, Jaime. 2011. "Crisis estatal y violencia desnuda: la excepcionalidad mexicana". En *Violencia y crisis del Estado. Estudios sobre México*, coordinado por Jaime Osorio, 33-62. México D.F.: Universidad Autónoma Metropolitana (UAM).
- Osorio, Jaime. 2016a. "Dependencia y revolución. Cuarenta años de Dialéctica de la dependencia". En *A 40 años de "Dialéctica de la dependencia"*, coordinado por Patricia Olave Castillo, 21-35. México: UNAM.
- Osorio, Jaime. 2016b. "El Estado en el capitalismo dependiente". En *Teoría marxista de la dependencia*, 277-296. México D.F.: Universidad Autónoma Metropolitana (UAM).
- Quiroz, Rodolfo y Ángelo Narváez. 2014. "De la loca geografía de mistral a la geografía militar de Pinochet: el periodo de la institucionalización geográfica en Chile (1889-1979)". *Revista de Geografía de Valparaíso*, no. 49, 30-54.
- Ramírez, Blanca, Gustavo Montañez, y Perla Zusman. 2013. "Geografías críticas latinoamericanas". En *El espacio en las ciencias sociales. Geografía, interdisciplinariedad y compromiso*, editado por Martha Chávez Torres y Martín Checa Artasu, vol. I, 103-128. Zamora: El Colegio de Michoacán.
- Santos, Theotonio dos. 1978. *Socialismo o fascismo. El nuevo carácter de la dependencia y el dilema latinoamericano*. México: Edicol.
- Santos, Theotonio dos. 1995. "El fascismo dependiente y sus contradicciones". En *La teoría social latinoamericana. Textos escogidos. Tomo III. La centralidad del marxismo*, compilado por Ruy Mauro Marini y Márbara Millán, 101-108. México: UNAM.
- Smith, Neil. 2015. "Geopolítica: la reafirmación de las geografías del viejo mundo". En *Neil Smith. Gentrificación urbana y desarrollo desigual*, compilado por Luz Marina García Herrera y Fernando Sabaté Bel, 191-228. Barcelona: Icaria.
- Torres, Esteban. 2017. "El proyecto intelectual: hacia la reconstrucción de un programa teórico para las ciencias sociales en América Latina". *Cuadernos del Pensamiento Crítico Latinoamericano*, no. 48, 1-4.
- Uribe Ortega, Graciela. 1996. *Geografía política. Verdades y falacias de fin de milenio*. Ciudad de México: Nuestro Tiempo.
- Uribe Ortega, Graciela, ed. 1998. "Humanidades y el proceso de actualización. Algunas reflexiones acerca de la modernización y la geografía". En *Geografía y sociedad. Exploraciones en compromisos y propuestas actuales*, 27-34. México: Centro de Investigación Científica "Ing. Jorge L. Tamayo".
- Urquijo Torres, Pedro y Gerardo Bocco Verdinelli. 2016. "Pensamiento geográfico en América Latina: retrospectiva y balances generales". *Investigaciones Geográficas* 2016 (90): 155-175. <https://doi.org/10.14350/rig.47348>

Zusman, Perla. 2001. "Naturaleza y tradición en los orígenes de la Geografía argentina. El proyecto disciplinario de Elena Correa Morales". *Terra Brasilis*, no. 3: 1-19. <https://doi.org/10.4000/terrabrasilis.335>

Héctor Ignacio Martínez Álvarez

Doctor en Geografía por la Universidad Nacional Autónoma de México. Adscrito a la Secretaría de Ciencia, Humanidades, Tecnología e Innovación y al Instituto Politécnico Nacional. Sus principales líneas de investigación son la metodología y la epistemología en las ciencias sociales; la historia y el desarrollo de la teoría marxista de la dependencia; así como la crisis, la reestructuración productiva y el mundo del trabajo en México y América Latina.